

DIARIO DE UN EMPERADOR

Pedro II es para los brasileños un ejemplo político y moral, el reverso de su licencioso padre, que, no obstante, había logrado emanciparse de Portugal. ¿Cómo pudo su sucesor perder el trono tan fácilmente?

ANNA CABALLÉ, HISTORIADORA DE LA LITERATURA





El novelista Javier Moro, autor de una magnífica biografía novelada del primer emperador de Brasil, Pedro I (*El imperio eres tú*, Premio Planeta 2011), decía en una entrevista que no se atrevió a escribir la biografía de su hijo, Pedro II, porque “era tan perfecto que no sabía cómo dramatizarlo”. Y es que, en efecto, aquel monarca reunió cualidades asombrosas en un ser humano tan poderoso como lo llegó a ser él: culto, paciente, respetuoso con las leyes, intelectual (le llamaban “O rei filósofo”), pero con dotes para la guerra cuando la veía necesaria para mantener la unidad de Brasil, moderado, casi monógamo, lector extraordinario, modesto... ¿Se podía pedir más a un gobernante? Para los brasileños, Pedro II ha venido a representar con el tiempo lo más próximo a un ideal político y el envés de su padre, un hombre sexualmente fogoso e irritable al que nunca perdonaron (siguen sin hacerlo) que maltratara a su mujer, la inteligente y culta Leopoldina de Habsburgo, quien murió, arrinconada como un trasto viejo por su marido, a los 29 años. Pedro I lideró la independencia de la nación, ciertamente, liberándola de su estatuto colonial respecto de Portugal y dotándola de las herramientas jurídicas imprescindibles para salir adelante. Pero allí no se olvida que el monarca perdió la cabeza por una atractiva joven de São Paulo que resultó tan ardiente como él. Podemos comprender los sentimientos de ambos. ¿Es posible someter el deseo

a voluntad a los 20 o 25 años? Pero, frente a un sistema republicano, la monarquía permitía escenarios de una gran anomalía moral: reyes coronados a una edad en la que lo único que cabe es formarse y divertirse, gobernando sin contar con la menor disposición intelectual o bien forzados a casarse siendo niños, por poderes. Una experiencia, esta última, de la cual no suele salir nada bueno.

Pedro I de Brasil tuvo la inconsciencia de imponer la presencia de la joven de la que estaba enamorado a su esposa, al nombrarla dama de su corte, y, mientras la emperatriz apenas podía vestirse decentemente —pues, viendo su estrella decaer, todo se le escatimaba a “la extranjera”, contando con la indiferencia del monarca—, la marquesa de Santos (ennoblecida rápidamente, como toda su familia) lucía perlas y diamantes grandes como garbanzos. Leopoldina murió de tristeza y soledad, y ese fue el principio del fin del reinado de Pedro I.

Al percibir la consternación del pueblo ante lo ocurrido (pues Leopoldina se había refugiado en las obras de caridad y era muy amada por la gente sencilla), el monarca quiso combatir su inesperada caída en desgracia alejando a la marquesa y casándose con otra noble europea, Amelia de Beauharnais. Pero ya nada pudo ser como antes. Se vio obligado a abdicar a favor de su hijo Pedro II, quien solo tenía cinco años cuando quedó prácticamente huérfano. Leopoldina había fallecido cuando su hijo tenía un año, y su padre renunció a la Corona (para no perderlo todo) en 1831, partiendo a Europa y dejando a sus hijos en Brasil. Nunca volverían a verse. Pedro I murió en Lisboa en 1834, a los 35

PEDRO II, HUÉRFANO DESDE MUY PEQUEÑO, SOLO CONSIGUIÓ ENCONTRAR REFUGIO EN LOS LIBROS

años. Una vida intensa y corta, como la llama que inspira una hoja de papel.

Un niño solitario

En un primer momento, pareció que el pequeño quedaba en manos de dos personas sensatas nombradas por Pedro I: la condesa de Belmonte, como aya, y José Bonifácio, como tutor. Pero entre ellos muy pronto surgieron rivalidades, y la condesa no paró hasta que Bonifácio fue destituido



INDEPENDENCIA o muerte. Cuadro de Pedro Américo. A la izqda., el emperador Pedro I.

dos años más tarde de ser nombrado, en 1833. La infancia de Pedro II fue triste, no exenta de las tensiones de cualquier corte, y sobre todo solitaria. Se hizo retraído, y solo en los libros encontraría un refugio a su infelicidad. Su vida se ceñía al estudio,

las comidas, que hacía con sus dos hermanas (de las que, sin embargo, se sentía distante), y las horas de sueño.

A los 15 años fue coronado emperador, ante la inestabilidad política que se vivía en Brasil a causa de la larga regencia. Cuenta la leyenda que, cuando se le propuso adelantar su mayoría de edad, pues todo el mundo era consciente de su madurez intelectual, o bien posponerla (como estaba previsto) hasta los 18, él contestó:

“Quero já”. Pero en su Diario asegura que la leyenda no es cierta, y que nunca pronunció esas palabras. De hecho, son palabras que no concuerdan con su carácter tímido y retraído: en esa época era incapaz de imponerse a nadie.

En 1843, dos años después de ser coronado, se casaba, sin conocerla, con Teresa Cristina de Borbón, princesa de las Dos Sicilias. La intención de la camarilla que se valía de su inexperiencia para gobernar de acuerdo con sus propios intereses era ver si el matrimonio le daba la seguridad necesaria como monarca y lo hacía madurar emocionalmente. El joven emperador acudió ilusionado al puerto de Río para recibir a su esposa. Le habían prometido una belleza, y Pedro II se desilusionó tanto al verla que sufrió un leve desvanecimiento: la princesa era baja, cojeaba al andar, carecía de cintura y su rostro tenía un aspecto severo.

En un primer momento quiso deshacer el matrimonio y se negó a hablar con ella, pero la situación pudo reconducirse gracias a la discreción de Teresa Cristina, quien, sin ser una intelectual, encontró temas de conversación que la aproximaron a su marido. Y también gracias al apoyo que recibió la nueva emperatriz por parte de la condesa de Belmonte, dispuesta a evitar la catástrofe. Él acabó aceptando a una mujer por la que no se sabe muy bien lo que sintió, pero a la que siempre fue fiel. Decenios después, en 1889, cuando murió Teresa Cristina, fruto del *shock* que le supuso ver a la familia abocada al exilio, él anotó en su Diario: “No sé cómo escribo. Murió hace media hora la emperatriz, esa santa [...]. Nunca imaginé mi aflicción. Solamente lloro por la felicidad perdida de 46 años. Nada más puedo decir”. Los historiadores opinan que la fiabilidad del Diario de Pedro II es relativa, en la

medida en que el monarca lo escribió con la voluntad de dejar un testimonio propio de su experiencia. De modo que la pregunta surge, inevitable: ¿son palabras sinceras las que escribe Pedro II, o están motivadas por el estatuto que merece su esposa y la imagen de matrimonio bien avenido que procuró dar siempre? Lo cierto es que sus referencias parecen sentidas en un hombre nada dado a la publicidad de sus afectos: “Primer día de la vida desconsolada que me espera. Viviré para el estudio que, infelizmente, no aprovechará más que a mí y a mis nietos”.

Reinado en auge

A mediados de siglo, el emperador, lejos ya de la adolescencia que le sumía en el pánico y con una familia en la que apoyarse, se siente cada vez más seguro de sí mismo, y con ello crece su popularidad. La economía consigue estabilizarse gra-

EL PESO DE LA ESCLAVITUD

La discriminación continuó e incluso tiñó la identidad de Brasil



■ **LA VIDA SOCIAL** brasileña estuvo marcada hasta finales del siglo XIX por la esclavitud (arriba, castigo a un esclavo). Brasil fue el último país de Occidente en abolirla (*Lei Áurea*, 1888), pero aquella larga y dura experiencia de sometimiento y violencia se resistiría a desaparecer, adoptando otras formas contra la integración social. Entre 1500 y 1800 llegaron por la fuerza cerca de cuatro millones de africanos para trabajar en los ingenios coloniales. Hoy, Brasil es el segundo país del mundo en número de habitantes de color, después de Nigeria. Pardos y negros suman actualmente el 60% de la población.

■ **EL PAÍS**, marcado por sus múltiples fronteras (con la Guayana Francesa, Surinam, Venezuela, Colombia, Perú, Bolivia, Paraguay, Argentina y Uruguay) y con una población fruto de la mezcla original entre amerindios, africanos y europeos, es esencialmente mestizo. El mestizaje de lenguas, colores y costumbres se ha convertido en su carta de presentación, no exenta de problemas: por ejemplo, la difícil construcción de una ciudadanía republicana tras Pedro II. Las respuestas múltiples que pueden darse a la idea de identidad brasileña explican una historia política cargada de avances y retrocesos.

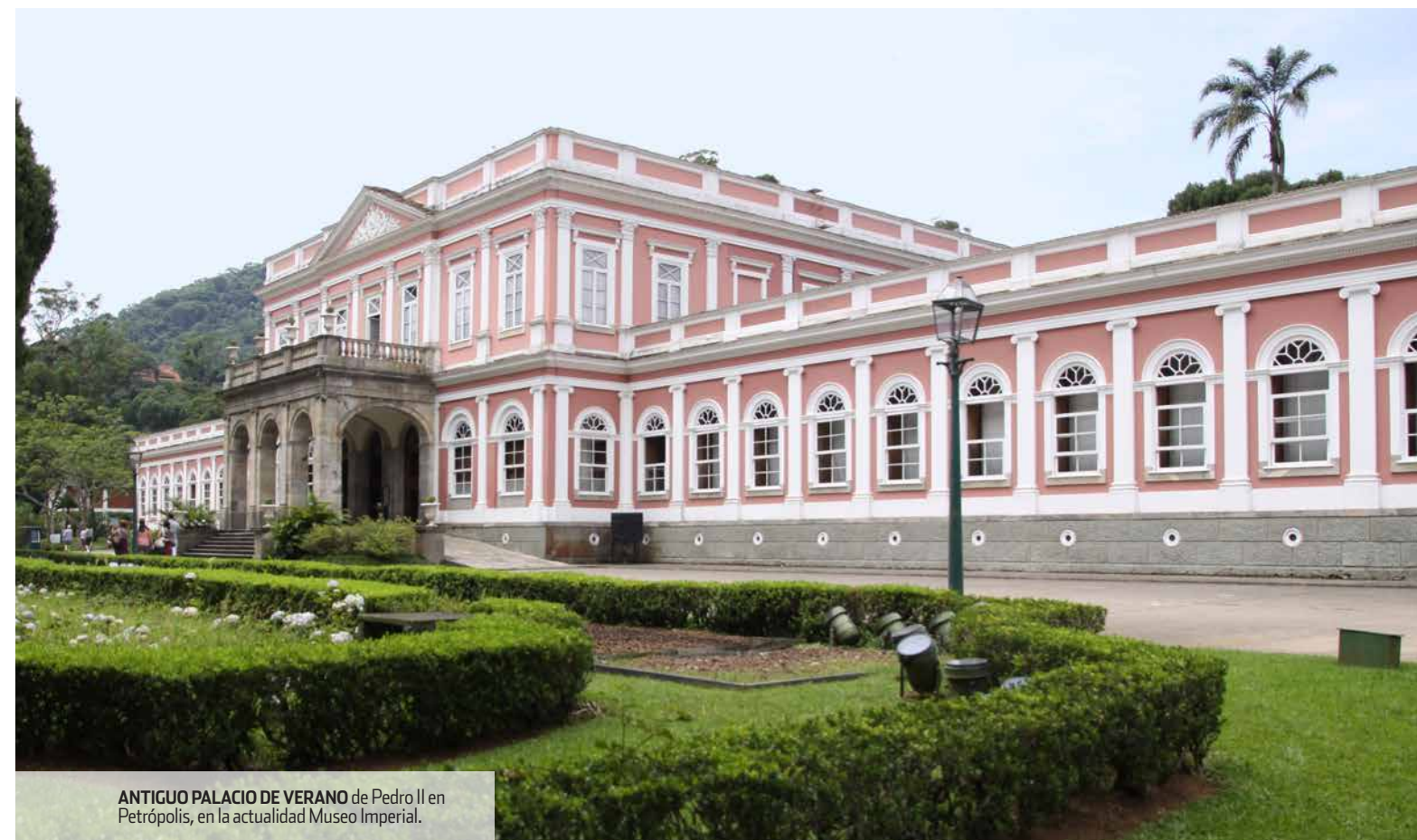
cias a la consolidación del café en los mercados internacionales, el fin del tráfico de esclavos y la liberación de grandes capitales, listos para invertir en el nuevo mercado industrial que potencia de forma entusiasta el emperador, liberal y democrata. Pero Pedro II no solo fortalecería la unidad y prosperidad de Brasil con la instalación del ferrocarril y la construcción de hospitales y escuelas, sino que, de acuerdo con su talante intelectual, se preocupó de otorgarle una base cultural con la que pudiera identificarse. Brasil carece de la rica variedad de culturas indígenas propia de los países hispanos (México, Perú, Chile, Bolivia, Colombia...),

pues la colonización portuguesa fue menos cuidadosa, mucho más abrasiva, y no hubo un Bartolomé de las Casas obsesionado con la preservación de las civilizaciones previas. No hay más que ver la pobreza de la artesanía brasileña actual para hacerse una idea del poco estímulo que ha representado el pasado precolombino. Pedro II era muy consciente de esa precariedad: comprendió que era preciso no solo afianzar la monarquía creada por su padre, sino proporcionarle una memoria, dotar a la nación de una tradición cultural propia que le permitiera reconocerse y reconciliarse en torno a ella, a fin de mantener la unidad política.

Eso le ganó la imagen de “sabio emperador” que todavía conserva. Trabajó sin descanso potenciando y apoyando una literatura nacional que incluyera una rehabilitación ética y poética de lo indio (nativismo). Aprendió el tupí (el idioma indígena más hablado en Brasil) y propició la elaboración de diccionarios y gramáticas de ambas lenguas. Si lo africano evocaba la esclavitud y su presencia era incómoda en las artes, lo selvático aparecía como noble y auténtico, libre de reproches morales y, por ello, capaz de soportar la construcción de un pasado mítico. En su Diario son frecuentes los dibujos a lápiz de paisajes, cabañas, hombres y mujeres que encuentra a su paso en sus viajes al interior del Brasil y que le suministran valiosa información sobre su realidad. Lo mismo hizo con la pintura y la música: en ambos casos mostró el camino para valorizar lo pintoresco, la presencia del trópico, la singularidad de las gentes, la belleza abrumadora del paisaje, en la línea de las maravillosas telas pintadas por el holandés Frans Post siglo y medio antes. De modo que el Romanticismo brasileño, más tardío que el europeo, fue un movimiento palaciego, vinculado al emperador y costeadado por él, y por ello tuvo caracte-

EL ROMANTICISMO EN BRASIL FUE UN MOVIMIENTO PALACIEGO, UN PROYECTO OFICIAL CON UN FIN POLÍTICO

rísticas específicas—fue un proyecto oficial, dirigido y con un objetivo político— que no a todos los historiadores complacen. Pero lo cierto es que aquel mecenazgo imperial tuvo efectos deslumbrantes a corto plazo y atrajo a artistas y científicos europeos que darían a conocer Brasil al mundo. El estreno de la ópera *O guaraní*, de Carlos Gomes, en la Scala de Milán el 19 de marzo de 1870 es, sin duda, un momento culminante de la influencia ejercida por Pedro II. “La ciencia soy yo”, recuerda la historiadora Lilia Schwarcz que dijo en una de las reuniones del Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro, que él mismo había fundado y que solía presidir. Y el mismo es-



ANTIGUO PALACIO DE VERANO de Pedro II en Petrópolis, en la actualidad Museo Imperial.

píritu fundacional y creativo latió en la construcción de Petrópolis (“ciudad de Pedro”): unas tierras compradas por su padre en la parte más alta de Río de Janeiro, en dirección a Minas Gerais, fueron aprovechadas por el emperador para edificar un palacio de verano, inspirándose en Versalles. Muy pronto, la nobleza carioca acudió a la llamada levantando sus propios palacetes. Y es que el modelo de Pedro II era Luis XIV, con su capacidad de dotar a su reinado de una enorme brillantez cultural y artística. Asimismo, el emperador facilitó a los campesinos alemanes la posibilidad de que se instalaran cerca de Petrópolis, para conferir a los alrededores un patrón de civilización. Y muchos alemanes viajaron hasta allí, fundando con el tiempo ciudades como Novo Hamburgo, Santa Caterina, Joinville o Gramado.

De la guerra y el amor

Pero a las luminosas luces de su frenética actividad a favor de la cultura y el progreso debemos contraponer su creciente des-

interés por la política nacional. El punto de inflexión de su reinado lo marca la guerra con Paraguay, cuando este país invade el Mato Grosso en 1864 de la mano de Francisco Solano López, quien sale al paso de la alianza que Brasil había establecido con Argentina en contra de su enemigo natural, Paraguay, por la eterna discusión de los límites de cada uno y por otros intereses añadidos de la importante colonia de británicos en la región. Mato Grosso era territorio paraguayo sobre el papel, pero estaba ocupado por brasileños cuando el mariscal Solano López decidió recuperarlo. ¿Hizo bien, hizo mal? Fue una guerra costosísima para ambas partes: en el caso de Brasil, en vidas humanas y pérdidas económicas, pues el conflicto duró algo más de cinco años, mientras que Paraguay quedó tan diezmado en personas y bienes que para algunos historiadores fue el comienzo de su bancarrota nacional. La muerte del mariscal Solano puso fin al conflicto, y, aunque la victoria fue para Brasil, se dice que la preocupación

ocasionó el envejecimiento precoz del emperador: su larga barba blanca y el aspecto cansado y pesados proceden de esa época y de una guerra que se le hizo inacabable. Pero solo tenía 45 años... Cumpliendo un deseo largamente esperado, Pedro II aprovechó la triste noticia de la muerte de su hija Leopoldina en Viena a causa del tifus para emprender su primer viaje a Europa, con parte de la familia, dejando como regente a su hija primogénita, Isabel. En aquella ocasión visitó Lisboa, Madrid, Núremberg, Praga, Budapest, Viena y Egipto. El emperador escribe en su Diario todo lo que ve, pero echa de menos a una mujer que con el tiempo se ha convertido en su confidente y amiga, la condesa de Barral, aya de sus hijas desde 1854. En su Diario “europeo” se dirige a ella a menudo. Desde El Cairo escribe: “Estoy muy cansado y me acostaría ahora mismo si no fuera porque la nostalgia que siento exige que le deseé mis más afectuosas buenas noches. ¡Adiós, querida amiga! Nada me interesa lejos de usted. ¡Adiós!”.



PASIÓN POR EL DETALLE

Apuntes cotidianos y confidencias en el Diario del emperador

■ **EL DIARIO DE PEDRO II**, nunca publicado en papel (se prepara una edición conmemorativa), revela mucho sobre su personalidad, sus preocupaciones y sus anhelos (arriba, con barba, en 1889 junto a su hija Isabel y su esposa, sentada). Este fragmento, de apenas dos meses antes de su muerte, es un buen ejemplo.

19 de septiembre de 1891 (sábado)
[balneario de Vichy]

2 a. m. Dormí bien. Algún picor en la espalda. Pero ante todo voy a rezar un Padre Nuestro agradeciendo todo a Dios. Leeré un poco a Nourrisson [De la libertad et du hasard, 1870]. Casi las 3. Me cuesta dejar este buen libro. 4 h. Dormí bien, pero todavía falta una hora y cuarto para el amanecer. [...] El reloj marca las 5.06 h, falta poco para que rompa el alba [...]. 5.45 h. Leí el libro de Nourrisson hasta el Edicto de Milán de Constantino. 5.50 h.

De aquí a setenta minutos voy a curarme el pie, que va mucho mejor, y a vestirme.

Felizmente me voy de aquí. Me hubiera gustado Vichy si realizase los paseos que solo di en mi diario [un absceso en el pie le impedía moverse] y en los sonetos que Mota Maia dio a Estréla y este todavía no devolvió. Poco valen para la poesía, algo más por las circunstancias en que los hice. Mi carta fue de seguro bien leída y hará que se afiance una amistad y me libre de otras vulgares. Mi vida me dio otro norte, pero por desgracia oscurecerá las tinieblas de la tumba. No quiero vivir el resto de la vida con meras distracciones del estudio, que es mi verdadero consuelo. Debo encontrar en Versalles el resumen de la última sesión. ¿Qué encontraré en Versalles? Vuelvo a Nourrisson. 7.25 h. Pie curado, va muy bien. 8.30 h. Nourrisson. Café, Nourrisson y vestirme [...].

No hay duda de que fue el gran amor del monarca, pues solo ella –nueve años mayor que él, más católica que Pedro II y con una gran personalidad– consiguió suavizar los sentimientos de aquel hombre austero y solitario, que había volcado en la ciencia y la cultura su vacío afectivo. “Nunca conocí una inteligencia como la suya”, escribiría el monarca al morir la condesa. No está claro que llegaran a tener relaciones carnales, pero la correspondencia entre ambos da fe de una relación singularmente íntima y confidencial que despertó los celos de Teresa Cristina.

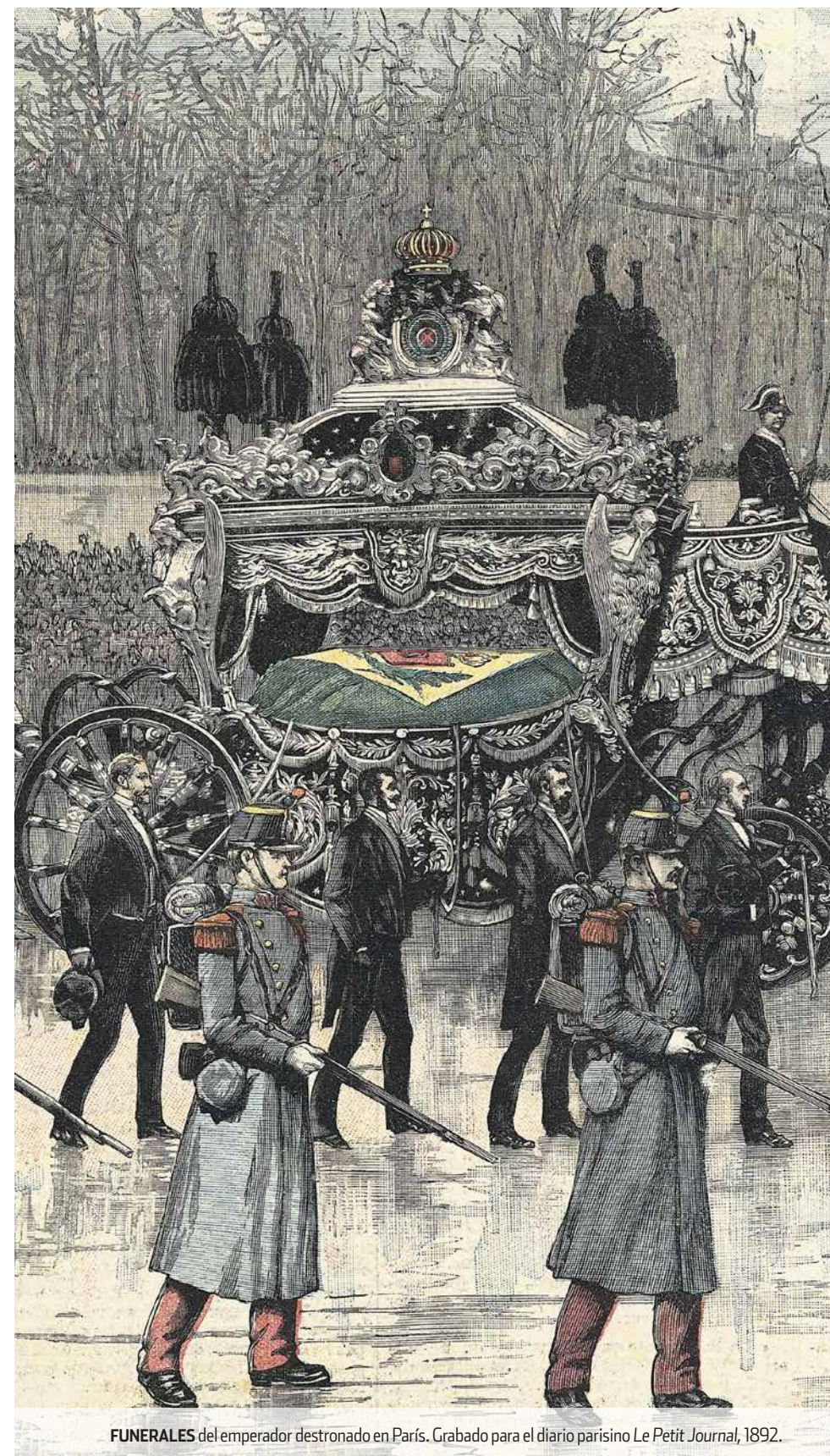
La condesa optó por regresar a Francia, y de ahí las cartas y los diarios de ambos, cruzados a lo largo de los años. De hecho, buena parte del Diario del emperador está concebido como el relato a la condesa de Barral de su vida cotidiana, para que

SUS VIAJES LE ALEJARON DE LA POLÍTICA DE BRASIL, Y SU FIGURA SE DIFUMINÓ ENTRE LAS NUEVAS GENERACIONES

ella tuviera un conocimiento exacto de sus ocupaciones. En algún momento, sin embargo, ella protestó de tantísima precisión y objetividad, anotando a lápiz al margen del Diario: “Es tan raro para usted contar otra cosa que ‘me bañé, vi a mis nietos, luego tomé café’. Sin que sea ninguna censura, yo no llamaría a esto conversar con una vieja amiga”.

Camino al exilio

Al primer viaje, que duró diez meses, le seguirían dos más. El segundo, a Estados Unidos, duró un año y medio, y el tercero, en 1887, a Italia, otros quince meses. El contacto con otras culturas admiradas por el emperador le iba alejando más y más de la dureza de la política practicada en Brasil, pero también su figura iba disolviéndose entre las nuevas generaciones. El emperador se había convertido en motivo de muchas caricaturas que la gente veía a diario en los periódicos: no se comprendía la modestia de su actitud (identificándola con una posible inutilidad de su función), ni el hecho de que viajara con un séquito



FUNERALES del emperador destronado en París. Grabado para el diario parisino Le Petit Journal, 1892.

reducido y sin visitas oficiales, ni que llevara de la mano su maleta de trabajo (¡con su Diario!) ni que vistiera como un burgués corriente, con un sencillo frac.

Hay que decir que él no confiaba en el reinado de su hija Isabel. Creía que solo un hombre podía ser capaz de llevar las difíciles riendas de la Corona brasileña, y sus hijos habían muerto tempranamente. De modo que se le planteó una duda que acabó por engullirle: ¿por qué seguir, si tampoco tendría continuación la dinastía de los Braganza? Y, sin embargo, fue Isabel quien, en sus períodos de regencia, aprobó la llamada “ley del vientre libre”, por la cual los nacidos de mujeres esclavas podían permanecer con la madre, y quien, más adelante, en 1888, sancionó la ley que abolía definitivamente la esclavitud.

Pedro II no luchó por la herencia de su hija. Llevaba casi cincuenta años al frente del imperio de Brasil, y la intriga de quienes más perjudicados se sentían por la pérdida del trabajo esclavo condujo a la declaración de la república el 15 de noviembre de 1889. Era una declaración que apenas contaba con apoyos. Pedro podía haberse impuesto fácilmente, pero no lo hizo. A los pocos días, la familia imperial partía para Europa. En el Diario no hay una palabra sobre lo sucedido. El ya emperador se centró en escribir poesía a bordo del barco que le alejaba de Brasil. En el poco tiempo de vida que le quedaba comprendería claramente su error. Demasiado tarde. En el exilio, un espacio vacío y solitario, soñará con que sus antiguos súbditos le reclamen. Nunca sucedió. Pedro moría en París el 5 de diciembre de 1891. ■

PARA SABER MÁS

DOCUMENTOS

SCHWARCZ, Lilia M. (ed.) *Diário do Imperador D. Pedro II (1840-1891)*. Río de Janeiro: Museo Imperial/Iphan/MinC, 1999. CD-ROM. En portugués.

BIOGRAFÍA

SCHWARCZ, Lilia M. *As barbas do imperador: D. Pedro II, um monarca nos trópicos*. São Paulo: Companhia das Letras, 1998. En portugués.

ENSAYO

MOTA, Carlos Guilherme, LÓPEZ, Adriana y SANTOS PÉREZ, José Manuel. *Historia de Brasil: una interpretación*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2009.